

Eduard von Keyserling

DUMALA

Traducción del alemán

Carlos Fortea

 NOCTURNA
EDICIONES

Madrid, 2012

Título original alemán: *Dumala*

© de la traducción: Carlos Fortea, 2012

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.es
www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: octubre de 2012



La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Goethe-Institut, el cual está financiado por el Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania.

Corrección externa: Fátima Aranzabal
Segunda corrección externa: Juana Salabert
Tercera corrección externa: Lorenzo Rodríguez Garrido

Preimpresión: PARIMPAR, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Ino Reproducciones, S.A.

Código BIC: FC
ISBN: 978-84-939200-9-8
Depósito Legal: M-34670-2012

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

El pastor de Dumala, Erwin Werner, estaba en pie junto a su piano y cantaba:

La niebla asciende, las aguas crecen,
la gaviota vuela li-bé-rrí-ma.

Irguió su poderosa figura. Su hermosa voz de barítono le llenaba de fuerza y de un sentimiento dulce. Era agradable sentir cómo se le hinchaba el pecho, cómo los sonidos crecían en él.

De tus ojos amantes
caen las lá-gri-mas.

Alargaba los sonidos, los dejaba extinguirse, fundirse suavemente. Su esposa estaba sentada al piano, muy guapa, con su rostro rosado y redondo bajo los ensortijados cabellos de un rubio ceniciento

iluminados por las dos velas, los miopes ojos azules con sus rubias pestañas, muy cerca de la partitura. Las manecitas rojas brincaban excitadas sobre las teclas. Aun así, cuando un prolongado trémolo la dejaba un instante, se atrevía a levantar la vista de las notas para dedicar a su marido una mirada extasiada de admiración.

Era demasiado hermoso ver cómo aquel hombre, arrebatado por la música, se mecía, crecía, se volvía más alto y más ancho; ver cómo derramaba toda esa dulzura y esa fortaleza, toda esa pasión. Eso hacía que ella fuera presa de una exquisita embriaguez. Las lágrimas le cerraban la garganta y sentía que un curioso cerco le oprimía el corazón.

Desde aquella hora se consume mi cuerpo,
mi alma muere de a-ño-ran-za.

La voz llenaba toda la rectoría con sus sofocantes gritos de pasión. La vieja Tija estaba en el comedor con los manteles, entrelazaba las manos sobre el vientre, cerraba su ojo ciego y miraba fijamente con el otro ante sí. En esos momentos, su rostro reluciente y amarillento se llenaba de atentas arrugas.

Toda la casa, incluido el rincón en que el gato dormía junto al fogón, retumbaba con las vehementes y dulces notas de amor. Salían por la ventana a la llanura, donde la noche caía sobre la nieve de noviembre; desde la granja próxima, un perro les respondió con un largo y conmovedor aullido.

Esa desdichada mujer me ha envenenado...,
envenenado...

Las ventanas temblaron con aquel grito de desesperación. El gato se despertó en su rincón, la vieja Tija se pasó la mano por el rostro y murmuró:

—¡Oh, Dios!

... envenenado con sus lágrimas.

La mujercita se reclinó en su asiento, entrelazó las manos en el regazo y miró a su marido.

El pastor Werner permaneció en silencio y se acarició la barba rubia y cerrada. También él tenía que volver en sí.

Ahora reinaba el silencio en la rectoría. Sólo Tija volvió a entrechocar ligeramente los platos.

—¡Como Sigfrido! —exclamó, sin poder contenerse, la mujercita.

—¿Quién? —se estremeció el pastor Werner.

—Tú —dijo su esposa.

Werner se rió burlón, se giró y empezó a caminar de un lado a otro por la estancia, con las manos a la espalda.

Así ocurría siempre que se dejaba llevar por el canto, que se embriagaba de sentimiento. Entonces venía el revés.

Había creído vivir algo grande, un dolor, una pasión, y solamente era una canción, algo que ha vivido otro; y las paredes de la habitación, con sus fotografías, sus grandes muebles tapizados en rojo y negro, todo aquello le agobiaba, le oprimía.

Su esposa seguía sentada al piano y miraba fijamente la luz. También para ella la hermosa embriaguez de la música había pasado. Sólo quedaba una cansada tristeza. Se preguntaba por qué él se había irritado cuando ella dijo «Sigfrido». Ocurría a menudo. Cuando ella estaba llena de entusiasmo por él, siempre había algo que no le gustaba, y soltaba una risa fría y sarcástica.

—Lene, ¿no cenamos? —preguntó Werner.

Ella se sobresaltó.

—¡Naturalmente! ¡Crêpes rellenas!

Y corrió a la cocina.

En la mesa, bajo la lámpara, todo lo extraño y emocionante había desaparecido. Cuando la comida le agradaba, el pastor Werner se sentía a gusto, Lene lo sabía. Entonces ella podía charlar tranquilamente sin ser llamada al orden, y tenía la sensación de que él le pertenecía.

—La baronesa de Dumala pasó por aquí hoy —contó.

—Vaya —dijo Werner, y miró fijamente a su esposa por encima del vaso de aguardiente que se estaba llevando a la boca—. ¿Y bien?

—Bueno..., llevaba un chaquetón de piel nuevo. ¡Precioso!

Werner se tomó su aguardiente y preguntó:

—¿Le sentaba bien ese chaquetón?

Lene suspiró:

—¡Desde luego! ¡Esa mujer es tan hermosa!

—¿Por qué eso te hace suspirar? —inquirió Werner—. Déjala ser todo lo hermosa que quiera.

—Porque no me gusta —respondió Lene—, por eso. Cree que todos los hombres están enamorados de ella. Pero sí que es hermosa.

Werner se echó a reír.

—¿Qué hombres? La pobre mujer cuida día y noche a su marido paralítico. No ve a nadie. Un chaquetón de piel nuevo es una distracción muy inocente.

—A ti sí que te ve. —Lene adoptó un tono desafiante, como si buscara pendencia.

Werner se limitó a encogerse de hombros.

—¿A mí?

—Sí, a ti —porfió Lene—. Y tú también estás un poco enamorado de ella, ¿no?

Hoy, esto no le irritó a Werner.

—Si tú lo dices... —replicó.

Hoy, la pequeña esposa podía jugar tranquilamente con él, como con un gran y bonachón terranova. Estaba un poco callado, pero siempre solía estarlo los sábados, cuando el sermón le rondaba la cabeza.

Después de la cena, el matrimonio se sentó junto a la chimenea. Por la ventana, cuyos postigos se habían quedado abiertos, la pálida

noche nevada miraba la estancia. Del cuarto de la servidumbre llegaba la voz fija y temblorosa de Tija. Canturreaba un salmo.

—¡Qué hermoso! —dijo Lene—, ¡qué agradable!, ¿verdad? Todo en silencio, y el fuego... y los dos aquí sentados, juntos.

—No pongas notas a tu vida —repuso Werner, que miraba pensativo el fuego.

—¿Por qué? —preguntó testaruda Lene.

—Porque..., porque... —La voz de Werner se volvió severa—, porque las notas se entregan cuando el colegio ha terminado.

—¡Por eso! —exclamó Lene, que no le había entendido bien—. No te incomodes, Wernerchen. —Se levantó, fue hacia él, se sentó en sus rodillas, se pegó a su pecho, abrazó su gran cuerpo con amable y legítima sensualidad, que apenas sí se atrevía a insinuarse tímidamente—. ¡Pero si nosotros somos felices! —añadió—. Te lo digo yo. Te pongo buenas notas.

Werner se quedó sentado, en silencio, dejándose penetrar por el calor de aquel joven cuerpo de mujer. Luego, de pronto, apartó a Lene y se levantó.

—¿Adónde vas? —le interrogó ella sobresaltada.

—Oh..., a ningún sitio —respondió él—. Tan sólo estoy pensando en una cosa.

—¡Ese eterno sermón! —suspiró Lene—. ¿Sobre qué vas a predicar mañana?

—Sobre la tentación en el desierto, ya sabes.

—¡Oh, sí! No seas tan severo esta vez. Cuando atruenas de esa manera, a una le entra miedo.

Él se encogió de hombros.

—¿Desde cuándo pretendes influir en mis sermones?

Así que al final le había irritado. Ella calló. Mientras Werner, con las manos a la espalda, caminaba de un lado a otro por la estancia, permaneció sentada en su sillón y le siguió abiertamente con la vista. Hacía un instante se sentía feliz; ahora había vuelto a caer sobre ella algo que no entendía. Sentía lo cansados que estaban sus miembros por el trabajo de la jornada y pendía sobre ella una tristeza en la que no quería pensar. Siguió con la mirada a Werner mientras andaba de un lado a otro, muy erguido con su levita negra, de un extremo a otro, hasta que su figura se hizo borrosa y los párpados de ella se cerraron.

«Atronar», había dicho Lene; sí, eso le gustaba, predicar era como cantar, como si «emanara una fuerza de él», como dice la Biblia. Todas esas grandes y hermosas palabras, la gran ira con que podía amenazar, las grandísimas dichas que podía prometer, y todo aquello era infinito y eterno; eso embriagaba también. Se alegraba esperándolo. Además, la tentación en el desierto, esa maravillosa conversación entre espíritus, grande como los versos de Dante, le atraía de manera extraña. La violencia de la lucha de las dos potencias maravillosas en el desierto le excitaba.

Caminó de un lado a otro sumido en una profunda reflexión, se olvidó de cuanto le rodeaba, hasta que un sonido adormilado proveniente de los labios entreabiertos de Lene le hizo alzar la vista.

«Sí, la paz del pastor —pensó no sin amargura—. ¡Sabe Dios que sentía poca paz!».

Se detuvo junto a la ventana, miró hacia la noche.

Arriba, en el cielo, había movimiento en las nubes, que se deslizaban unas sobre otras, rasgadas e hinchadas como velas. La luna debía de estar en alguna parte, pero permanecía oculta; tan sólo una débil y cansada luz crepuscular pendía sobre la llanura.

¡Paz! Cuando uno tiene que ocuparse constantemente de prodigios, cuando siempre ha de tener en los labios esas frases tan llenas de pasión y de ira, de dulzura y misterio, ¿de dónde va a venir la paz? El corazón se vuelve tan sensible y tan excitable que sucumbe a todo.

El viento empujaba pequeños copos de nieve como blancas nubecillas de humo sobre la llanura. Diminutos puntitos de luz estaban rociados en la noche, como perdidos en la pálida penumbra blanca. Aquella fila de puntos luminosos correspondía a las ventanas del palacio de Dumala. Werner se acordó del nuevo chaquetón de piel de la baronesa Werland, y entonces vio la habitación grande y sombría, la lámpara de pantalla verde; junto a la chimenea, en el sillón, el señor de la casa, de rostro severo y cerúleo, con los pies envueltos en una manta roja. A su lado, en la sillita baja, la hermosa mujer de ojos rasgados que brillaban inquietos y su boca de un extraño rojo enfebrecido. Estaba allí sentada, parpadeaba somnolienta mirando el fuego en la chimenea y acariciaba lentamente, arriba y abajo, la pierna del enfermo.

Un dolor, algo así como un dolor físico, estremeció a Werner al ver esa imagen, le hizo palidecer y contraer levemente el rostro.

Irritado, se apartó de la ventana. ¡Era demasiado necio! ¡No había ocasión en que la prédica no alborotase todo en su interior!

Volvió a caminar de un lado a otro, luego se detuvo delante de Lene.

Ella había subido los pies al sillón y apoyado la mejilla en el reposabrazos. Dormía. Con los labios entreabiertos, respiraba hondo, con la expresión seria y preocupada que adoptan las personas que disfrutan de un sueño profundo, como si costara trabajo dormir.

Werner la contempló durante un rato. De pronto, sintió una intensa compasión hacia aquella joven criatura durmiente. ¡Otra vez esos nervios y esa inútil blandura! ¿Es que no podía contemplar nada sin que le doliera?

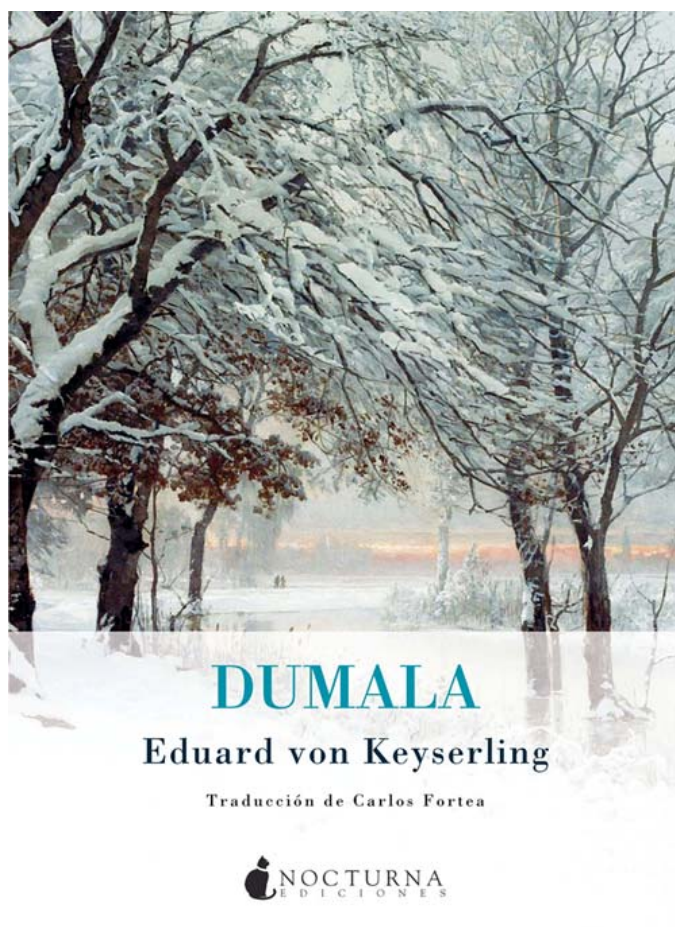
Cuidadoso, cogió a Lene en sus brazos y la llevó al dormitorio.

SIGUE LEYENDO

A la venta: **05-11-2012**

Dumala

Eduard von Keyserling



ISBN: 978-84-939200-9-8. **PVP:** 15 €



www.nocturnaediciones.com

Distribución en España: UDL Libros (www.udllibros.com)
Distribución en Latinoamérica: Azteca (www.aztecadifusoradelibros.es)